

## Lily Eskelsen-García

Presidenta de la Asociación Nacional de Educación

**13 de marzo de 2012.**

Lily Eskelsen-García es presidenta de la National Education Association (Asociación Nacional de Educación. NEA, por sus siglas en inglés), el sindicato más grande del país. Eskelsen-García comenzó su carrera en la educación como una empleada de cafetería escolar y ahora dirige una asociación profesional de tres millones de educadores. Ella es la primera latina en liderar la NEA y una de las docentes hispanas más influyentes del país. Su dedicación y pasión por la educación de los niños y niñas la han impulsado a lo largo de su carrera y su vida. Eskelsen-García cree en el deber sagrado de todos los educadores, ser profesionales e interesarse por los estudiantes de manera integral —mente, cuerpo y carácter— sin importar cómo lleguen los estudiantes y sin importar sus condiciones de aprendizaje, las condiciones de su hogar o sus condiciones de salud. También cree que el profesionalismo conlleva la responsabilidad de actuar, individual y colectivamente, hasta hacer realidad la promesa de la educación pública, y preparar al menor feliz y completo para lograr convertirse en un adulto feliz y completo.

Eskelsen-García se graduó *magna cum laude* en Educación primaria de la Universidad de Utah y más tarde completó una maestría en Tecnología Educativa.

Mi abuelo nació en Nicaragua. Nunca habló una palabra de inglés. Mi madre creció en Colón, Panamá. Conoció a mi padre cuando él era soldado en la Zona del Canal. Criaron a seis niños ruidosos y se mudaron cada dos o tres años, como lo hacen las familias militares. Nací en Fort Hood, Texas, y viví en El Paso, Texas; la Base de la Fuerza Aérea Robins, en Warner Robins, Georgia; Fort Wainwright, Alaska; y Fort Lawton en Seattle. Mis padres, cuando se jubilaron, decidieron mudar a su pequeña familia católica a, por supuesto, Brigham City, Utah; donde “diversidad” significa que usted se ha topado con un presbiteriano. Tenía 17 años y estudiaba en la escuela secundaria cuando mi futuro esposo me pidió que me casara con él. Él era mucho, mucho mayor; tenía dieciocho años. Nos casamos una semana después de graduarme de la secundaria.

Por supuesto, tuve que trabajar. Lo único que yo sabía era que quería trabajar con niños y niñas. Así que, presenté mi solicitud para trabajar como auxiliar de docente en muchas escuelas y guarderías. Finalmente, llegué a un centro Head Start (programa que prepara a niños y niñas pequeños y de edad preescolar de familias de bajos recursos para que no inicien la escuela en situación de desventaja). Me dijeron: “Bueno, solo tenemos una vacante en la cafetería, en la cocina”. Yo dije: “Trabajo es trabajo. Lo tomaré”.

Tengo que decirles que yo era una “Señora de la Comida” extraordinaria. Pero voy a admitir que llamarme a mí misma “La Señora de la Comida” en realidad es adornar mi currículum. Yo era la “Chica de la Ensalada”. No estaba a la altura de la comida caliente todavía, pero me encantaba estar cerca de los niños y las niñas. Les inventaba nombres cuando pasaban por mi fila, como: “Oye, novio, te vas a comer esos guisantes”; “Muy bien, hermosísimo, terminemos esa leche”. Se reían y les gustaba formarse en mi fila. Cuando hubo una vacante como auxiliar de docente en el jardín de infantes, el director me preguntó si la quería.

Tengo que decirles que yo era una auxiliar de docente extraordinaria. Llevaba mi guitarra al salón de clases. Enseñé a niños y niñas de 5 años a cantar toda la letra del clásico: “No te pongas el dedo en la nariz porque tu nariz sabe que no va ahí”, y la cantábamos con dignidad. Después de hacer eso durante un año, la maestra de jardín de infantes dijo: “Lily, eres muy buena con los niños. ¿Alguna vez has pensado en ir a la universidad y, tal vez, convertirte en maestra?” Yo tenía casi veinte años. Esa fue la primera vez en mi vida que alguien sugirió que tal vez yo quisiera ir a la universidad. Así que se plantó una pequeña semilla, y en mi cabeza creció un bosque de secuoyas. Me dije a mí misma: “Yo sería una maestra increíble. ¡Voy a ir a la universidad! Me pregunto cómo se hace eso. ¿Cómo vas a la universidad?”. Nadie me había hablado de ello porque no estaba en la experiencia de vida de mis padres. No se oponían a que yo fuera a la universidad, pero mi madre no había ido a la universidad; mi padre nunca terminó octavo grado. Cuando les dije que iba a ir a la universidad, estaban muy emocionados, pero yo no contaba con nadie para averiguar cómo hacerlo. En ese momento, mi esposo y yo teníamos un bebé de seis meses, y pensamos que podíamos afrontar los gastos de la universidad con su beneficio de la ley G.I. (prestación para los miembros de las fuerzas armadas y sus familiares para pagar gastos escolares y de capacitación) y cantando los fines de semana en cada uno de los bares de Salt Lake City: de ambas formas. Tendría a Jeremy en su cochecito y lo estaría empujando por el campus de la Universidad de Utah, mientras Ruel tomaba su clase de Biología. Después, yo metería el cochecito allí, y correría a mi clase de Ciencias Políticas. Hicimos eso durante cuatro años. Así que ambos fuimos a la universidad. Y, de hecho, nuestro pequeño bebé al final de cuatro años había pasado por cuatro años de universidad, qué niño superdotado.

Empecé a enseñar en el cuarto grado de la Orchard Elementary (Escuela Primaria Orchard) y, tengo que decirles, fui una maestra extraordinaria. De verdad lo fui. Creía en el

aprendizaje basado en proyectos. Hice que mis niños y niñas hicieran todo el trabajo; ese era el secreto de mi éxito. Crearon la feria de ciencias. Organizaron el evento de donación de sangre. Escribieron cartas de amistad a los residentes del centro de adultos mayores Golden Living preguntándoles sobre sus recuerdos de la Segunda Guerra Mundial.

Y resolvieron problemas reales. Lo más cerca que estuve de violar la separación iglesia-estado fue mi tablero de anuncios que decía: “No lloriquearás”. ¿Estamos? En mi clase, si ibas a quejarte de algo, las siguientes palabras que salieran de tu boca tenían que ser: “... y esto es lo que voy a hacer al respecto”.

Una vez, cuando una de mis amigas, la maestra Trautmann, que enseñaba en el aula junto a la mía, me dijo lo difícil que era para su esposo, Dave, que usaba silla de ruedas, competir con los automovilistas que no usaban silla de ruedas, por las plazas de estacionamiento marcadas para las personas en situación de discapacidad, mis niños y niñas decidieron hacer algo al respecto.

Celebramos una reunión en clase. Después de debatir por un rato, votaron unánimemente para formar pequeñas comisiones de vigilantes y sistemáticamente lanzar huevos a los coches estacionados ilegalmente. Bueno, como punto de información, les lancé algunas palabras de vocabulario nuevas, como “fianza”; y votaron, yo creo que sabiamente, por considerar otras alternativas. En su lugar, decidieron hacer que las personas fueran más conscientes de por qué debían dejar esas plazas de estacionamiento para las personas para quienes estaban destinadas. Escribieron un anuncio de servicio público en forma de canción de rap, desde el punto de vista de Dave (A estacionarte en mi espacio/ No te atrevas /O voy a atropellarte/ Con mi silla de ruedas). Lo publicamos en periódicos; lo enviamos a las estaciones de radio y lo tocaron; la estación de televisión local lo produjo como un anuncio de servicio público protagonizado por

Dave, y con todos mis niños y niñas haciendo un arresto ciudadano del villano (interpretado por el conserje de nuestra escuela) que se estacionó en el espacio para personas en situación de discapacidad. Arte de alto nivel.

Enseñé en la escuela Orchard durante doce años y decidí que quería un cambio. Solicité una asignación especial en el Salt Lake Homeless Shelter (Albergue para Personas Sin Hogar de la Ciudad de Salt Lake), que dirigía una escuela de un solo salón para estudiantes cuyos padres, por razones de seguridad, no les dejaban salir del refugio. Fue el mejor trabajo en todo el mundo; porque era toda una comunidad amorosa que se preocupaba por ese niño o niña de manera integral: salud, consejeros, personas que trabajaban con los padres, un dentista, un médico. El mundo de un maestro puede ser un mundo aislado. En el refugio, éramos una gran familia de profesionales que cuidábamos a familias que nos necesitaban.

Fue en esta escuela de albergue que empecé a entender realmente el don de un segundo idioma. Muchos de mis estudiantes y sus padres solo hablaban español. Mi madre no nos había criado hablando español. Pensé “Mi español es muy malo, pero la culpa es de mi madre”. Una vez, le reclamé: “Má, ¿cómo pudiste no enseñarme español mientras mi cerebro funcionaba?”. Dijo algo que no entendí. Dijo: “No pensé que sería bueno para ti”. Yo presioné: “¿De qué estás hablando? ¡El director estaría encerando mi auto si yo fuera bilingüe! ¡Los profesores bilingües son oro! ¿Cómo podría eso no ser bueno para mí?”. Empezó a llorar. “No sabes cómo era. Cuando llegué aquí, si la gente te escuchaba hablar español, eso no les gustaba. Se te quedaban viendo. No quería que la gente se les quedara viendo así a mis hijos, así que decidí no enseñarte. Sé que fue un error”. Entonces me regañó: “¡Pero sabes que puedes aprender! Puedes tomar lecciones. Deberías tomar clases por la noche”.

No soy una estudiante extraordinaria. Soy muy mala haciendo tarea. Culpo al maestro por no motivarme, por supuesto. Pero me inscribí en clases de español. Desvergonzadamente usé a todos mis estudiantes en el refugio para personas sin hogar, para practicar mi español. Usé a Julio. Julio tenía ocho años, era uno los estudiantes más grandes. Él era el ser humano más furioso que he conocido en mi vida. Odiaba a sus padres por su pobreza. Odiaba que lo estaban haciendo vivir en un refugio para personas sin hogar. Odiaba a los otros niños y niñas por ser más pequeños que él. Me odiaba a mí por hacerlo fingir que esa era una verdadera escuela.

Un día, yo estaba sentada en el patio de juegos, en el recreo; fingía vigilar a los chicos, pero en realidad estaba haciendo la tarea de español que debía entregar esa noche. Entonces oí a Julio gritar algo, al otro lado del patio de juegos, en español. En ese momento, tuve la mejor idea de maestra que he tenido en mi vida. Le dije: “Julio, ven, *te necesito ayudarme*”, lo que de verdad espero que signifique: “Ven aquí, necesito que me ayudes”. Él estaba intrigado. “Julio, mi mamá va a estar muy enojada conmigo si no puedo pasar esta clase. Tienes que ayudarme a hacer mi tarea”. Se sentó a mi lado. Empecé a leer mi trabajo. Empezó a corregirme. Él se mantuvo diciendo cosas útiles y animándome; cosas como: “Estúpida maestra loca”, lo cual, me dijo, significaba “Buen trabajo”.

Así que lo llamé “Maestro”. Le dije: “Maestro, se acabó el receso. Haz que los chicos se formen en una fila”. Hizo que los chicos se formaran en una fila. Después dije: “Maestro, voy a poner a los estudiantes de segundo grado en la computadora. Tú lleva a los de kínder al tapete de lectura y comienzas la historia”. Y él llevó a los de kínder al tapete de lectura y comenzó la historia. Al final de la semana, entró en la habitación y ni siquiera me preguntó si necesitaba ayuda. Simplemente entró y dijo: “Bien, ya estoy aquí”. Y yo dije: “Oh, buenos días, maestro.

¿Puedes repasar las tarjetas de colores con Chester?” Él agarró las tarjetas y dijo: “Hombre, ella no puede hacer nada sin mí”. Y luego repasó las tarjetas de colores con Chester.

Le dije: “Oh, maestro, eres un buen maestro. Deberías ir a la universidad, volver aquí y ser maestro conmigo”. Se rio y dijo: “Yo no pienso ser ningún maestro”. Después dijo: “Cuando vaya a la universidad, voy a ser luchador con la Federación Mundial de Lucha. ¡Lucha Libre!”.

Él dijo: “Cuando”.

“Cuando vaya a la universidad”. Esta es mi semilla. Tal vez en su cabeza crezca un pequeño bosque de secuoyas. Quizá no, pero creo que sí.

Mi trabajo ha sido una gran parte de mi vida, pero también lo es mi familia. Mi familia es una parte muy importante de mi historia. La historia de mi familia es material de película original de la cadena Lifetime hecha para la televisión esperando existir. Mis hijos, mis dos chicos, son seres humanos increíbles. Son hombres jóvenes que ganaron su lucha contra las drogas y que hoy son fuertes, saludables y felices con sus propias familias. Yo estuve casada con aquel muchacho de dieciocho años por treinta y seis años, hasta que murió el año pasado. Perdió su lucha de toda la vida contra la depresión, y se quitó la vida.

Mickey hizo algo muy peligroso al pedirme que viniera a contar mi historia, porque es una historia muy larga. Es una historia dentro de otras historias. Pero es una historia extraordinaria, como tu historia extraordinaria. Yo nunca he conocido a un ser humano que no tenga una historia extraordinaria dentro de sí. Nuestras historias son sólo las cosas divertidas, conmovedoras y trágicas que nos suceden mientras hacemos este asunto de vivir.

Verdaderamente, mi historia no es más importante que tu historia.

Las cosas más aburridas de las historias de la gente suelen ser sus currículums y sus títulos. Podrías haber leído mi biografía, pero entonces no habrías sabido nada de mí. No habrías sabido lo que hay en mi corazón y me hace levantarme por la mañana. Mi vida está llena de historias de niños y niñas—mis hijos, los hijos de otras personas— y preocuparme por sus vidas es más que mi trabajo. Los niños y niñas son mi causa.

Una gran parte de mi historia es mi sindicato, mi Asociación Nacional de Educación. Mi amada NEA. Mi NEA es la mejor oportunidad que tengo para luchar por algo mejor para los estudiantes, para los niños y niñas que he amado, para todos los niños y niñas, todos nuestros niños y niñas, para todos nuestros hijos e hijas. La educación es el camino. Es ese camino lo que los llevará a sus propias vidas extraordinarias.

Para mí y para mis colegas, más de tres millones de educadores en este país que trabajan en los Estados Unidos, desde preescolar a la universidad, es una misión que vivimos. No es una misión en nuestro sitio web. Es una misión que está escrita en nuestros corazones, como está escrito en mi poema favorito: “Dame a tus hijos hambrientos, a tus hijos enfermos, a los que no tienen hogar, a tus hijos maltratados. Dame a tus hijos que necesitan amor tan intensamente como necesitan aprendizajes. Dame a tus hijos que tienen talentos, dones y habilidades. Y dame a los que no tienen ninguno. Dámelos a todos, en cualquier forma que vengan, sea cual sea su color, sea cual sea el idioma que hablen, donde sea que encuentren a Dios, dámelos a todos. Porque esta es la escuela pública. Te daremos a los médicos, a los científicos y a los carpinteros. Te daremos a los abogados, a los ministros y a los profesores del mañana. Te daremos a las madres y a los padres, a los pensadores y a los constructores, a los artistas y a los soñadores. Te daremos el sueño americano. Te daremos el futuro”.



Y ese futuro es que cada bendito niño y niña tendrán una historia increíble que contar cada día de sus vidas.